

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XXIII
Enero-Junio 2007
Número 43

SUMARIO

ESTUDIOS

- Bernardo Pérez Andreo**
Una alternativa cristiana a la globalización postmoderna 1-44
- José Penalva Buitrago**
El maestro-interior en San Agustín 45-66
- Gabriel Andrade**
René Girard y el Islam: perspectivas sobre la violencia en la Biblia y el Corán 67-98
- Francisco Henares Díaz**
El Vía Crucis, como itinerario hacia Dios en la dramaturgia de los franciscanos 99-122
- Manuel Lázaro Pulido**
Los centros teológicos afiliados ante el espacio europeo de educación superior. Realidad Académica y Derecho Canónico 123-159
- Taurino Burón Castro**
Epistolario del Cardenal Belluga con el Cabildo Catedral de León (1725-1741) 161-193
- Javier Castillo Fernández**
Fondos centroamericanos en el Archivo de la Provincia Franciscana de Cartagena 195-215

NOTAS Y COMENTARIOS

- Gonzalo Fernández Hernández**
Una nota en torno a la historicidad de los martirios de San Mauricio y la «Legión Tebana», San Sebastián y Santa Filomena 217-220
- Francisco Candel Crespo**
Fray Vicente Ortiz y Labastida O.P. Obispo de Tarazona. Un desconocido cantor de la Fuensanta 221-228

BIBLIOGRAFÍA 229

LIBROS RECIBIDOS..... 283

EL VIA CRUCIS, COMO ITINERARIO HACIA DIOS EN LA DRAMATURGIA DE LOS FRANCISCANOS

FRANCISCO HENARES DÍAZ

Introducción

Quiero explicar, de salida, esto: Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, tiene desde la eternidad un plan de Salvación. Es lo que llamamos *Historia Salvífica*. La Biblia no es otra cosa que eso mismo, pero aun fuera de la Biblia el camino se repite y se repite como Salvación, es decir como Sanación en la Historia, y sea cual fuere la geografía que ocupe el ser humano. Desde un origen que se pierde en la noche de los tiempos el hombre arrastra una equivocación original (*pecado*), que se ha ido acumulando. Los planes de Dios quieren curarla. Hoy no ocurre de otro modo, porque la *Historia Salvífica* no se concluyó del todo, sino que sigue viva esperando completarse. Es lo que llamamos “tiempos escatológicos”. Son los que nos toca vivir. Y sin escatología no hay teología, obviamente.

Dicho esto así, parece un bloque demasiado compacto, y quizás abstracto. Yo intentaré desmigajarlo para que no se atragante bocado tan grueso y abultado.

En principio, esto nos vale de aviso para corregir nuestro modo de mirar. ¿Qué es lo que miramos mal y necesita nuevas gafas? Hablando de formas pasionales de religiosidad popular, llevamos vistas nosotros muchas imágenes a lo largo de los siglos. Digo imágenes de Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Toda una historia a la que se acostumbraron nuestros ojos desde niños. Pero esto es una historia “a toro pasado”. Nosotros deberíamos verla al revés: como si nos presentáramos adonde nace esta historia.

¿Cómo nace en S. Francisco el amor por la Pasión del Señor? Antes de nada, de este modo: Francisco de Asís no está viendo esas imágenes que

tanto hemos contemplado nosotros. Ve, más bien, las de un Dios *Pantocrátor-Rex*, un Dominador del mundo y de todo lo existente, un Rey a la antigua usanza, al que asemejaban, por cierto, siempre con Dios. De hecho, se decía, “Caudillo por la gracia de Dios”, o que la Realeza *viene de Dios* (todo viene de Dios en una mentalidad providencialista, ¡harto no fuera!). Francisco ve tales imágenes en los tímpanos de las iglesias de su pueblo y de los pueblos cercanos, y en especial en las catedrales. Ciertamente que encima de los retablos puede observarse algún calvario, pero lo que domina desde las gradas de entrada al templo, y por encima del parteluz es otra cosa. Es una *visualización* de un Dios de Poder, de un Dios de Juicio Final, que premia y castiga a buenos y malos, y con unos acompañamientos terribles de figuras de animales, y demonios que pelean con ángeles queriendo cada cual llevarse a las almas que les corresponden. El pecado y el castigo hace aparecer a Eva, a Adán desnudos frente al paraíso perdido. Jesucristo, es verdad, arreglará, con su Salvación, tal desahogado.

Sin embargo, en S. Francisco empiezan a anidar otras formas de *visualizar* a Jesucristo. Lo ve en la gente antes de nada. Lo percibe primero en personas que le parecen Cristos vivos. Por ejemplo, en los leprosos, que son los marginados máximos de esa Edad Media que avanza hacia su final. Le recordaban ellos a Jesucristo, al *Siervo Doliente* de Isaías, *ante quien se vuelve el rostro*, y se mira hacia otro lado de corrida (lo recuerda Tomás de Celano: *Vida Primera*, 103). Ya, al final de su vida y con el cuerpo bastante extenuado, Francisco cavilaba volver a sus inicios. Es decir, al beso a los leprosos y a la conversión sufrida, a causa de esto. Por tanto, Francisco lo primero que ve es la imagen de un pobre desechado del mundo, y de ahí pasa a ver a Cristo. O porque cree en Cristo, no puede menos de verlo en los más sencillos de este mundo. El camino es de ida y vuelta, y lo que importa es la *visualización* nueva. Ya no ve lo que veía en las puertas ni en los tímpanos de las iglesias.

Quizás le pasa al revés de muchos de nosotros, que primero vemos al Cristo de la Columna, o a la Virgen de las Angustias en Yecla, nos sentimos conmovidos (y no es para menos con estos dos Salzillos) y quizás también nos elevamos a una fe, a una creencia más fuerte en Dios. Dice Celano: “Le hubiera gustado volver a servir a los leprosos y padecer desprecios, como en los tiempos pasados”.

Gloriarse en la cruz es, pues, lo que importa. Quiero decir, en la Salvación que nos ha sido dada desde el *Camino de la Cruz*, desde el Siervo que sufre, pero cuya salvación nos llega por esa vía. Esa es la Teología de la Liberación y nadie puede decir que se la lleva el viento. Ese es el Dios de la Sanación. Esa actitud es Redención de muchas cárceles que la vida está trayendo. Por eso, en sus *Avisos Espirituales* (5,8) escribe que debemos

gloriamos “en llevar a cuestras diariamente la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Y en el *Oficio de la Pasión*, que él fue rejunlando versículo a versículo, de salmo y salmo, al final, nos avisa: “Tomad vuestros cuerpos y cargad con la santa cruz, y seguid hasta el fin sus santísimos preceptos”. (Cfr. BAC: *Escritos*, 45). Y con eso se agarra a la mejor relectura bíblica que no para de hacer. ¿A cuál apunta? A Rom 12, 1: “Os exhorto, pues, hermanos, –nos dice San Pablo– por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios; tal será vuestro culto espiritual. Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto”.

¿Cuál es la Vía de Salvación, cuáles son los planes de Dios? Ante la *Pasión del Hijo de Dios*, la *compasión* con las personas que son como Él. Ante los azotes del Amarrado a la columna, los azotes que viven los pueblos de hambre o plagas. Cada segundo muere una persona de hambre en la tierra (desde que lo he escrito ya se ha muerto otra, ¡caray! ¿Dónde está Dios?). Ante la corona de espinas con que afligen a Jesucristo, la *compasión* se apareja con la cantidad de espinas y espinosos dolores que sufre un enfermo de cáncer, o una madre en calles de amargura, porque no llega a fin de mes para criar a los hijos (no le salen las cuentas).

Hasta aquí esta necesaria introducción. A tal Cristología, tal Eclesiología.

La nueva visualización de los Mendicantes

A las órdenes mendicantes de esa Edad Media se debe la transformación que hierve, la nueva concepción de “ver a Dios”. Esto de *ver a Dios* es primordial. Todos queremos ver a Dios, todos luchamos por descubrir algo que nos dé sentido. Somos el avejilla que busca nido en un mundo en frío. Continuamente nos preguntamos dónde andará Dios, en qué estará pensando. Y Dios se hace la misma pregunta: ¿en qué estarán pensando los hombres y mujeres; por dónde andarán para estar tan despistados como estamos?

Buscar el rostro de Dios es la oración suma del Salmista. Queríamos *tocar a Dios* con los ojos, ver su cara. Quizás porque eso nos daría consuelo, o porque nos enseñaría mejores caminos para andar.

1. Dios se aparece, antes que nada, en los otros

Los franciscanos desde el principio se suman a la nueva visión del Fundador. Dios aparece siempre –tiene que aparecer– a través de la ternura del

amor, no del miedo. A través del acercamiento que da el cariño; no desde la lejanía que da el horror y el miedo a un Dios que me mira con un hacha en la mano. Frente a un Dios enojado, un Dios que es Amor (*Deus charitas est*). La ternura tiene que ver con la compasión, es decir, ponerme *al lado de*, sentir con el otro, *empatizar* con quien es mi prójimo. ¿Dios es la Otridad, o se mira en ella?

El descubrimiento de los *crucificados* que se encontró Francisco en las afueras del pueblo, procedían de un submundo como el de la lepra, sin privilegios, sin castillo, fortaleza, ni dinero al estilo de Pedro Bernardone, su padre de sangre. Los más hijos de Dios vivían con la cruz a costas por muchas razones de la historia, no por casualidad, o sólo mala intención de esos pobres. Cristo estaba en los crucificados de todos los días o no estaba en ningún sitio. Dios del cielo, Dios de la tierra no podían andar cortados por un muro. Son re-unión como la Trinidad. El P. Tadeo Matura ha hablado de la *vivencia trinitaria* en Francisco, como máximo exponente de su espiritualidad.

Por otro lado, Francisco –que era un místico y extático a la hora de repensar la Pasión– jamás se escapaba de este mundo hacia la trascendencia, como si ésta fuera una huida del mundo. La experiencia de él casaba el más allá y el más acá, como dos caras inseparables de una misma moneda. Ascende y desciende él como en una incansable escala de Jacob. Francisco vive en los Sinópticos, vive en esos Evangelios tan metidos en la tierra, pero con la frente en los planes de Dios.

Y eso quiso pasarlo a las Tres Órdenes (clarisas, franciscanos y terciarios). Su impronta ha quedado grabada de muchas maneras. Una de ellas en modos y maneras que entran por los ojos y oídos y gestos. Es decir, *teatralizando*. Fueron los franciscanos unos espléndidos pedagogos, con gran capacidad para transmitir.

¿Cómo dar curso a lo que uno siente, y cómo hacer que me entiendan y vibren conmigo si hablo de Jesucristo y su Madre? Francisco lo ve claro: dramatizando, metiéndose a actores de la Pasión todo el mundo. Si Cristo es un Dios que se ha hecho Hombre, tratará de que se visualice su humanidad, al menos del mismo modo como antes se visualizaba el Dios de temor en representaciones de todas clases, desde las *Danzas de la Muerte* hasta las tablas pintadas dentro de la iglesias y palacios, o afuera, en las portadas de las iglesias.

Quede bien entendido que Francisco con ello no pretende apartarse del Dios-Misterio (lo vive él como insondable y magnífico). De hecho, la tradición que él recibe es en esto una escuela imponente. Ahí está toda la religión bíblica, toda la Palabra de Dios que él no cesa de meditar, y de orar con ella. Sin embargo, por lo que Francisco se siente *conmovido* es por parte de la ter-

nura. En la *Carta a los Fieles* sus palabras resuenan como cariños de madre, como roce de senos maternos en la cara de un hijo. De Jesucristo dirá: *cuán santo y complaciente y pacífico y dulce es tener un hermano que dio sus vida por nosotros*. Hasta en sus palabras es regalo sentido.

Esa humanidad de Cristo tenía que acabar representándose enseguida, puesto que la llevaba dentro del alma. Humanizar los misterios divinos es un quehacer. Y sería en un belén de Greccio, por ejemplo. No tiene que discurrir mucho Francisco para lograrlo. Con razón se le tiene a Francisco como el fundador de los belenes, pero no al estilo de figuricas del belencico murciano o de cualquier sitio. El copia, más bien, de los Evangelios Sinópticos. Y lo hace con figuras que son personas. Y empezamos ya a *ver a Dios* como un Niño y con una Madre que lo acuna. Y no se conforma con verlo él solo. Es bueno que lo veamos todos. Lo mejor entonces es hacer teatro, hacer la dramaturgia de que actores vivos, es decir, gente del pueblo, haga y represente cada cual un papel en el Portal de Belén. Yo me quiero imaginar al pobre labriego medieval de Greccio, lleno de polvo o barro, más bien sucio y sudoroso, haciendo de San José, y a la otra mujer con sabañones y el delantal haciendo de Virgen María. Y los chiquillos cantando, y el más difícil todavía: ¿cómo se disfrazaban de reyes unos barbudos y peludos labriegos? De Reyes Magos, nada menos.

Hay, por aquí, además, un camino contracultural. La cultura medieval religiosa es de preponderancia del clérigo. El clérigo en la liturgia lo es todo (aun todavía, en la liturgia, lo es todo; figurémonos hace 800 años). El clérigo, el sacerdote, hace de personaje principal, tanto en las ceremonias, como cuando se teatraliza dentro o fuera de la iglesia (en el atrio, verbigracia), porque si se representa la Pasión, por ejemplo, el actor principal (en el *dramatis personae*) es un sacerdote también.

Francisco rompe esa tradición secular imperante. Aquí todo el pueblo vale para actor, sea culto o inculto, rico o pobre, importante o de baja clase social. Insisto en la catadura, casi cómico-esperpéntica de esos Reyes Magos que esconden debajo a labriegos con esas sayas y calzones pueblerinos.

2. La Pasión. La praxis del Vía Crucis. Los escenarios

La Encarnación para Francisco es inseparable de la Pasión y Muerte. Por eso escribe Celano en la *Vida Primera* (84) que Francisco no pensaba en otra cosa que en la humildad de la Encarnación y el amor infinito de su Pasión.

Obviamente a representar la Pasión dedicaron los franciscanos mucho tiempo y espacio por esos caminos de Dios. Cuando a veces se habla de

cómo algunas dignísimas figuras de nuestra literatura contemporánea (un García Lorca, un Alejandro Casona) con *La Barraca* y las *Misiones Pedagógicas* venían por Murcia y por media España acercando el mejor teatro al pueblo, se olvida quizás que hace muchos siglos, había franciscanos que hacían lo propio. Más aún: no sólo acercaban el teatro al pueblo; es que hacían que el pueblo se metiera a actor; y lo hacían protagonista de algo tan sublime como la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Aparte de algunas otras formas de llevarlo a cabo, expondré aquí sobre todo una: el vía crucis de siglos pasados, que perdura, aunque muy cambiado, todavía en nuestros días.

Hoy, si uno visita cualquier iglesia – casi por pequeña que ésta sea – todavía percibe la huella. Suele haber 14 cuadros colgados por las paredes de esa iglesia. Son las 14 *estaciones*. Algunos ejemplos de esto son auténticas obras de arte, bien sea por el pincel, por el grabado, por la casi escultura, o el pirograbado como en Portmán (obra ésta de Asensio Sáez, escritor y pintor conocido de La Unión). Justo es decir que la inmensa mayoría no llegan a tanto, porque buscan seguir sencillamente los *pasos*. Atención a esta palabra (los *pasos*), un vocablo que conviene retener para todo lo que diré.

Muchos de nosotros hemos sido educados en esa devoción del vía crucis. Los que fuimos amamantados por madre terciaria, como la mía, y fuimos educados en el ambiente de la Orden después, la verdad es que hemos vivido a tope ese ejercicio, y no sólo en los Viernes de Cuaresma, como sigue siendo tradicional en bastantes sitios (y parece que reinstaurándose actualmente, gracias a Dios, por las calles de pueblos y ciudades). Hoy, sin embargo, quizás porque vivimos en un mundo grandemente secularizado, y no de *nacionalcatolicismo* como el de nuestros años jóvenes, mucha gente ha olvidado ya qué escena se representaba en cada cuadro desde la primera a la 14 estación. Yo hago ahora un recuerdo para desmemoriados: 1ª estación: Jesús condenado a muerte. 2) Jesús con la cruz a cuestas. 3) Jesús cae en tierra la primera vez. 4) Encuentro de Jesús y su Madre en la calle de la Amargura. 5) El Cirineo ayuda a llevar la cruz a nuestro Redentor. 6) La Verónica limpia el rostro de Nuestro Señor. 7) Jesús cae por segunda vez a tierra. 8) Jesús consuela a las piadosas mujeres. 9) Jesús cae por tercera vez. 10) Los judíos desnudan a Jesús. 11) Jesús es clavado en la cruz. 12) Jesús muere en la cruz. 13) El cuerpo de Jesús en los brazos de María. 14) El cuerpo de Jesús en el sepulcro.

Así se ofrecen en las iglesias desde hace bastantes años, pero no demasiados. No siempre fue así. ¿Cómo lo fue entonces? Para empezar, algunos de nosotros hasta hemos hecho el vía crucis solos, es decir, personalmente, como si estuviéramos sin nadie alrededor, como si fuera una meditación particular. La Sagrada Congregación de Ritos sólo pedía entonces que al

menos se fuera moviendo el devoto meditante, y así ganara las indulgencias, que eran ricas con esta devoción pasionista. Quiero decir que el sujeto diera *pasos* de estación en estación siguiendo los 14 cuadritos. Fijémosnos de nuevo en eso: *dar pasos*, que es una reliquia de lo que había sido en siglos de atrás.

En siglos pasados – y hay demostraciones al canto- la gente no hacía nada solo, individualmente, en un vía crucis. Era un acto paralitúrgico. Y ya se sabe que la liturgia es una acción colectiva, teatralizada, modo magnífico de exteriorizar lo que uno vive por dentro, pero trasplantado así a un conjunto de personas, siempre en grupo. No en vano de la liturgia nació el teatro en Occidente, es decir, del altar y claustros interiores al atrio de la iglesia; y de ahí, a las plazas y placetas de los pueblos; y de ahí un día a las plateas y la butacas de los actuales teatros.

Como era un acto de público y para el público, se necesitaba un escenario apropiado. Un sitio que fuera ideal para el espectáculo religioso al que se asistía. Como se acababa en un *Calvario*, se pensó en un lugar en alto a la salida de algún pueblo o ciudad, si es que ello era posible, según la geografía y orografía de cada lugar. La verdad es que la gran imaginación de los franciscanos y del pueblo fiel siempre se las apañaron para encontrar sitios excelentes en las afueras. Hoy, muchos de esos lugares se han convertido – en esta sociedad secularizada- en parques de recreo, o en algún camino pino al que se va de paseo, o a hacer *footing*, o simplemente a caminar suavemente para descargarse de tanta neura como nos inunda.

Hay pueblos y villas que han conservado tal escenario, aunque los actores no salgan a escena tanto como antes. Pienso en lo más cercano: Jumilla ofrece una subida, donde se mantienen todavía nombres que son también reliquias de lo que fue antaño. Por ejemplo, *Calle de los Pasos Altos*. Señal de que había Calle de los Pasos Bajos, digo yo. Encima –desde hace unos años- esas estaciones en Jumilla se han conservado admirablemente, y con pinturas en azulejos modernas y barroquizantes, guardadas entre rejillas (los *pasicos*). Es la huella que perdura. Una huella que llevaba al calvario, al lugar en alto, donde sin duda estaba la ermita principal y final de vía crucis. Vemos, con frecuencia, en pueblos de nuestra región y regiones colindantes (Valencia, Almería, Albacete) que, si queda ya poco o nada de aquello, sin embargo, todavía queda en pie la ermita del calvario. Por ejemplo, en Lorca (Murcia), o en Cuevas de Almanzora y Huércal Overa (Almería)¹, o en Cartagena, o en Orcera (Jaén).

¹ Véase mi artículo “Signos y acotaciones de nuestros víacrucis y procesiones”, en *Axarquía*. Revista del Levante Almeriense 3 (1988) 129-135.

Era siempre un escenario hermoso para una tarde o una mañana temprana de primavera, tiempo de Pasión, con un clima ni tórrido ni frío. Subir y mirar la ciudad abajo filtraba una sabia elección de escenarios naturales, muy ecológicos, precisamente, como hoy se piden en un mundo postmoderno. Era, a la vez, un gusto por la belleza. Se sabía, de cierto, dónde implantar un regusto por la estética. Acogía ésta a la ética que suelta un vía crucis y lo difunde en olor como el romero y el tomillo. Yo diría también que eran sitios muy franciscanos, por el contacto puro con la Naturaleza, con el hermano sol, y el hermano viento. Y logrando, además, un urbanismo periférico, nada desdeñable, merced al lugar de recreo en las afueras de la ciudad.

Quizás el primer vía crucis de España así resuelto sea el de Sta. Catalina del Monte, en el Verdolay, Murcia. Todavía una cruz indica el sitio, cercano al convento. Hablamos de principios del siglo XVII con el P. Diego de Arce, y el recién venido de Roma P. Alonso de Vargas, quien muy pronto sería Provincial como el primero. El lugar, aún ahora con tantos chalets construidos a su alrededor, permite contemplar toda la Huerta de Murcia a lo lejos. La atalaya desde esa cruz propone una visión de largo alcance. Sería digno de verse un vía crucis tan montaraz, tan de cielo y tierra juntos en aquellos siglos pasados.

También Yecla nos deja *visualizar* lo mismo, como pocos, ya casi en el mismo casco de la ciudad, conforme se sube al santuario de la Virgen-Patrona, en todo lo alto. No en vano moraron allí los franciscanos. Vamos viendo, desde allí cómo suben las estaciones paso a paso. Un aplauso para el pueblo, que no ha dejado que se caigan los azulejos de cada estación, ni se pierdan luego entre los escombros. Y si se caían o los rompían cuatro analfabetos, se reponían, y en pie otra vez. Un pueblo debe guardar su historia. Son sus raíces. ¡Ay de quien quiera olvidarlas banalmente!

Pero como los franciscanos han sido siempre una orden numerosísima (la mayor entre todas, y a mucha distancia; un tercio del total en el siglo XVIII), sus ramas de observantes, alcantarinos, capuchinos, conventuales, terciarios regulares y también las muchas femeninas, bebían de esa fuente, y hacían que creciera sin cesar. Hoy nuestra geografía de Levante (el almeriense, murciano y alicantino) ampara todavía lugares excelsos de esos vía crucis. Pienso en una Cartagena (donde predicó unas Misiones Populares el P. Guardiola, figura máxima en el convento de Santa Ana). En una fecha muy temprana – en los primeros diez años del siglo XVII- se implanta un vía crucis en las afueras, en el barrio de Santa Lucía, más allá, subiendo a lo que todavía es ermita del Calvario, conforme se pasa el cementerio imponente. Del escenario que mira al mar en las últimas estaciones no cabe decir sino alabanzas por una ubicación tan bella y de tanto retiro espiritual,

mientras la jara y la lavanda, junto a los tomillares y palmitos nos inundan de Naturaleza viva.

Pienso en una Lorca, cuyos primeros *pasos* del vía crucis siguen saliendo desde el impresionante convento e iglesia de San Francisco (ya casi todo cerrado ¡qué horror!) hasta subir por las calles a una cima desde la que se divisa tanta extensión de municipio, inmenso en kilómetros cuadrados, uno de los más grandes de España. Pienso también en el allí vecino santuario de la Santa de Totana. Un vía crucis moderno con estatuas elocuentes, sube entre pinos y se distancia para contemplar la perspectiva de todo el santuario. Por cierto, con pinturas de frailes franciscanos por doquier en su interior.

Pienso en Hellín, cuyas afueras y ermitas (allí las llaman *columns* al igual que en Tobarra) son un canto al pasado y al presente, con un calvario que parece una iglesia más que una ermita, dadas sus proporciones. Todo preciosamente conservado, y adonde va a parar en la mañana del Viernes Santo la procesión más famosa de Hellín. Era difícil en las afueras de Hellín encontrar un lugar empinado, pero al fin supieron hallarlo, no lejos, y por detrás del actual convento franciscano. Hoy es un itinerario de baja clase social, menos bucólico; quizás, merced a un urbanismo despiadado desde tiempo atrás, pero con flecos que después sabremos releer.

Pienso en un Cuevas de Almanzora (Almería), que tuvo convento, y hoy la iglesia cerrada de él alberga imágenes y tronos. No ha quedado en esas afueras de Cuevas reliquia de las estaciones, pero sí una ermita hermosa del Calvario. La procesión del Viernes sigue todavía la ruta de los pasos y las estaciones antiguas.

Existe un pueblo pequeño y cercano a Hellín llamado Agramón, que guarda otro Calvario, con una panorámica bella de pinos jóvenes y a lo largo una vista de un pantano. Se estableció tal vía crucis en 1926-1927, según se lee en una lápida. Ha rehecho el Ayuntamiento, con buen criterio, los pasos, y les han colocado dentro un sencillo azulejo, alusivo a cada estación. Han replantado hace unos años más arbolado, y arreglado el camino que asciende. Es un paseo realmente agradable para caminar fuera del pueblo y situarse en la ermita contemplando la mañana o la tarde. ¡Quién le dijera a Francisco de Asís que su amor al vía crucis y la Pasión le depararía con el tiempo (en una sociedad secularizada), un punto al menos de ecología y de salud caminante para los que tienen la tensión alta, o la diabetes a flor de inyección! Hasta en eso se adelantó a su tiempo, caray.

He de decir que en esto de conservar los vía crucis quien se lleva la palma – por lo que yo he visto y contando más casos – es la Comunidad Valenciana. Lo digo porque veo pueblecitos de ejemplo. Algunos vía crucis son de siglos atrás, y van desde Fuente la Higuera hasta Ayora, y desde la

ciudad de Alicante (San Juan, y la Santa Faz) hasta Cullera ¡Cómo suben aquí las estaciones mirando al mar hasta entrar por la puerta del convento! ¡Lodo seas Señor por la Hermana Agua! Y desde Cullera podemos seguir hasta Segorbe, a un pueblecito cercano, en cuyas afueras trepan en zigzag las 14 estaciones, con sus *ermiticas* blancas, que se ven desde la autopista que va hacia Teruel. Se llama el pueblo, creo, Soneja.

No puedo cansar trayendo ejemplos y ejemplos, pero los hay y muchos, bien sea en pie, bien sea entre ruinas de lo que fueron espléndidos escenarios, bien sea en legajos que los nombran.

Existen, además, otros escenarios. Me refiero a los atrios de muchos conventos e iglesias. Pondré de ejemplo el de Santa Ana del Monte en Jumilla. Una joya del siglo XVIII, con sus azulejos, con sus mini-ermitas rodeando el espacio, que son pequeñas, como una casa de juguete para albergar de las inclemencias del tiempo tanta veneración. Citemos otro convento de la Comunidad vecina: el de Cocentaina (Alicante). Su atrio produce ese ambiente de sencillez franciscana, mendicante, donde la arquitectura no es de relumbre, pero goza del encariñamiento que regala la pequeñez, el entrañamiento. San Diego, de Cartagena, disponía de otro vía crucis en el compás del convento de los franciscanos alcantarinos, cuyas referencias nos ofrece el manuscrito (aún inédito) de ese convento. Y no olvidemos el recogido y clemente de Santo Espíritu del Monte, cerca de Sagunto, en Valencia.

Estos otros espacios de los atrios parecen diseñados para menor concentración de gente comparados con todos los de las afueras de la ciudad mentados anteriormente. Suponemos que eran ideales para el Tiempo litúrgico de Pasión, por supuesto, pero también para otros Tiempos del Año. Parecen, además, resguardados por la cercana iglesia conventual, y se prestan a una predicación cercana, y a una representación más de andar por casa. Quizás por eso mismo, albergan también un arte que ha podido perdurar y librarse de los bárbaros que todo lo destrozan, aunque haya que haber puesto, desde antiguo, verjas en cada estación.

Y, en fin, existe otro escenario. Este más intimista, más fuera de los ojos del público en general. Es el de los vía crucis que recorren los claustros de los conventos, o el mismo huerto conventual. El claustro de Santa Ana de Jumilla es otra joya. A veces se puede dar el caso de mantener dos o más víacrucis en un mismo convento en distintas dependencias. Por ejemplo podría haber uno en noviciado y otro en el claustro de la Comunidad, situado en el piso principal. El de éste en Santa Ana, además, conserva muchos versos, tal a como ocurre en tantos lugares del mismo convento. Se supone que los frailes, en especial en los viernes, ejercitaban ahí su devoción. Los versos son del siglo XVIII, o de antes, si tenemos en cuenta que hay

muchas estrofas en el claustro bajo que son del P. Antonio de Panes, quien los escribe en la segunda mitad del siglo XVII. Pudieron, sin duda, ser más sobreabundantes en el XVIII, puesto que fue época de muchas reformas arquitectónicas en muchos conventos. Sin duda debido al incremento en la economía de España, que repercutió en limosnas para los conventos. No sería nada extraño que el mismo P. Guardiola, tan decidido en tantas cosas, estuviera por medio en todo esto.

Los vía crucis de estos claustros están diseñados, sin embargo, para una meditación sin prisas. De ahí la abundancia de poesía. He aquí un punto interesante de la religiosidad popular, a medio camino entre los frailes y la gente de la calle. Por un lado, en el convento moran no sólo clérigos que han estudiado latín, y los más dotados hasta lo hablan y entienden a la perfección. Pero otros clérigos, no tanto, y desde luego los hermanos legos y los donados no entienden casi nada, o nada. Para todos, sin embargo, esta poesía resulta una buena catequesis y pedagogía religiosa. Aprenden y gozan de la literatura. Y la meditan. Algunas veces ésta coge vuelos barrocos y de vez en vez no es tan popular. Pero eso es sólo excepción.

Por otro lado, este escenario, recoleto, pero lleno de poesía conforma uno de los modelos de franciscanismo más interesante en la vida conventual. Tan interesante que siglos después se sigue publicando lo que aparece allí, porque es una catequesis de paredes, como los cuadros y la pintura lo es para los ojos. Aquí lo es para los ojos y para la mente y los afectos. Resulta extraño hoy, pero con mucho aliciente, visualizar tantas paredes y tan repletas de frases, versos, rimas, y ritmos de buen decir. Yo creo que es un campo muy poco estudiado, en especial desde las muchas vertientes que ofrece. Es un tema multidisciplinar, muy rico, que desconocen muchos de los que se llaman hoy intelectuales. Quizás convendría no tenerlo tan escondido, porque sacarlo a los ojos de los demás sería una virtud. Quiero decir, una fuerza.

Lo propio deberíamos decir de un último escenario. Me refiero a los vía crucis que andan dentro del huerto conventual. Huertos de renombre eran el de San Ginés de la Jara, camino de La Manga, el cercano de Santa Ana del Monte de Jumilla, el de Arenas de San Pedro, en Avila, y tantos otros.

Pero necesito pararme en las citadas estaciones de dentro de los claustros. Plagado como el nuestro de Jumilla se halla el de Priego (Cuenca), que es un puro mosaico de letreros y poemas devotos. Precisamente saliendo de la puerta del coro queda la primera estación y luego siguen las demás por el claustro central. Todo él anda en latín, en hexámetros. En el inicio ya se nos avisa: *O bona Crux, Coeli Clavis, et alta Via*. No colgaremos aquí todos y cada uno de los poemas latinos. Veamos, en cambio, algunos: en la primera estación se habla del ejercicios santo que va a comenzar: *Sacra Via ad*

Coelum ducens, hoc incipit arcu./ Haec est Pilati Praesidis atra domus. Obsérvese la referencia al arco del claustro donde empieza, y a la vez a la Casa de Pilatos. La quinta estación: *Linteolo mulier faciem detergit, in illo / Tres facies Christi respicit, atque colit.* Y muy dentro del simbolismo poético la 14: *De manibus mandato Corpore tumbae:/ Sola manet Virgo, turtur amara canens.* La Virgen, sola, convertida en tórtola que canta amargamente, es de inmensa ternura. El convento de Hellín (Albacete), también se acompaña de versos cada estación en el claustro central. Son antiguos. En Santa Ana de Jumilla, en el claustro del piso principal se nos coloca en la Quinta Estación este letrero, con tipografía también antigua: “¡Oh, qué fatigado os veo /con ese leño, mi Dios. /Quién lo llevara por vos,/muriendo en tan justo empleo”. Asemjarse al Cirineo es una brama. Y en el encuentro de Cristo con su Madre en la calle (4ª estación) nos dice. “No tiene igual esta pena/ pues veo a mi Madre pura/ anegada en amargura/, aunque está de gracia llena”. Abunda la deixis (*aquí...*) en más de una estación, como insistiendo en penetrar dentro del *paso*. Dedo indicativo de ese meditar paseando, moviéndose a cada paso, y parándose, a la vez, cada trecho.

3. Un escenario que se va amueblando

Normalmente lo que empezaba como simples cruces de madera colocadas para cada estación, y dejando metros de separación entre unas y otras con el fin de construir un camino de la cruz, que ese es el itinerario de las afueras, se fue luego poblando de otros acompañamientos, bien fuera alguna pintura, bien fuera algún letrero. Esa cruz de madera la tenemos todavía en Jumilla, cuando aún faltan bastantes metros para llegar a las puertas del monasterio, entre los pinos y junto a la carretera. El Viernes Santo tiene su protagonismo. O lo tenía en nuestro Noviciado con el P. Antonio García.

Todavía hoy, cuando uno va buscando vestigios de ello, los descubre en los nombres de algunas calles. Por ejemplo, ya no queda en Garrucha nada del calvario que existió y conocieron los ancianos del lugar, pero queda la calle que trepa hacia allí, y se llama “Calle de las Cruces”. O próximo a ese sitio, el antiguo pueblo, con pinta de morisco, de Bédar, goza de unas calles que suben hacia lo que fue ermita final del calvario (tampoco existe ya), pero una calle de esas se llama *de Jesús* (así, a secas), y es indicio, junto con otras calles de alusión a lo que decimos.

Poco a poco – y según el poder económico de las cofradías- esos vía crucis construyeron, en el puesto de las cruces de madera, unas columnas o mojones. Lo suficientemente consistentes como para guardar en la parte superior un hueco u hornacina en la cual se ponía un azulejo, o pintura de

la estación correspondiente, con el motivo evangélico, más o menos recreado por la fantasía artística. Tobarra y Hellín cultivaron ese quehacer admirablemente. En el atardecer y la noche parecen fantasmas, como molinos de viento en pequeño que caminan por las veredas. Las derruidas piedras de Elche de la Sierra nos permiten contemplar ese paisaje romántico de la piedra caída. Toda una historia, toda una geografía franciscana en su mayoría.

Y ya si la economía crecía en las cofradías, se acababa en auténticas ermitas, siempre pequeñas en las estaciones iniciales, pero que conforme avanzaban hacia las últimas se iban presentando más grandes, y la final del Calvario ya era capaz de albergar a gente. Pienso en Huércal-Overa, o en Hellín, o en Cartagena, y en especial en Lorca. Estas ermitas, con el tiempo, albergaron estampas de los pasos o estaciones, y a veces imágenes. El Calvario de Lorca, alberga un Bussi, y encargaron trabajo a Roque López y al taller de Salzillo. Lo que indica un poderío económico, por un lado, fuerte en el siglo XVIII y finales del anterior, pero por otro, una convicción devota del pueblo y pudientes personajes que no dudaban a la hora de que el vía crucis fuera un centro de atención en la vida local. D. Munuera Rico ha escrito páginas sobre Lorca, dando testimonio de ello. Y el lorquino franciscano Morote y de los Chuecos, que escribió en el siglo XVIII tanto sobre Lorca, describe cómo se hallaban esas últimas ermitas y estaciones en su tiempo.

Precisamente, las cofradías de la misma Semana Santa, y aun otras, se unían para impetrar lo que más ha necesitado esta tierra nuestra, es decir, el agua. Pedir lluvia y que cayera (la lucha por la vida) ocupa media vida de las gentes. El Cristo de la Misericordia, y la Hermandad de la Caridad (en ese Calvario de Lorca), tan unida a los vía crucis, sabe mucho de esto con su Cristo. A éste se le hacen rogativas. Las súplicas por agua son continuas. Pero no sólo eso. En las Constituciones de la Hermandad (cap^o 18) se tiene prefijado: "dar el mejor ejemplo a los fieles, acoger bajo su caridad a los pobres difuntos desamparados y condenados a muerte, y la práctica del ejercicio del Vía Crucis". Solía éste hacerse todos los viernes de Cuaresma, y en especial el Viernes Santo por la noche. Esta noche es famosa todavía con los grupos que se forman desde el antiguo convento de San Francisco, y suben al Calvario. Los *rezaores* es una antigua tradición persistente. Recitan largos poemas, con más de doscientos años de existencia, el que menos. Un aluvión de historia y etnografía en nuestra región. Por tanto, un escenario tal para una devoción tan imponente.

Retrocedamos a la trocha por donde veníamos, a saber: cómo se amuebla el escenario. En un principio – y como se pretendía hacer que los Santos Lugares de Jerusalén – tuvieran copia en cada pueblo con un vía crucis – se llegó a guardar una contabilidad de los metros entre estación y esta-

ción, como si fuese eso un punto de máxima importancia a la hora de desarrollarlo. A este respecto admira leer en Francisco Cascales (en sus *Discursos de Murcia y su Reino*) las referencias del P. Alonso de Vargas, quien iba poco menos que con un metro (una *vara*, mejor) en la mano. Copio un poco de Cascales cuando habla de ese vía crucis que se estaba instituyendo: "comienza desde el palacio de Pilatos, y desde aquí hasta donde primeramente le cargaron la Cruz hay 26 pasos... caminando hacia el viento como el maestral andando 80 pasos cayó la primera vez con la cruz en el suelo. De aquí andando 60 pasos y tres pies hasta el lugar donde la Virgen María salió al encuentro a su Hijo. De aquí caminó 71 pasos y pie y medio hasta una encrucijada, donde le mandaron a Simón Cirineo que ayudase a llevar la cruz a Jesús". Y sigue con más medidas y más estaciones. Se trata, en el fondo, de que nuestros vía crucis copien de Jerusalén los pasos.

4. *Del escenario a la representación e interiorización*

Hemos referido páginas atrás el estilo dramático de los primeros franciscanos, y de cómo siguieron haciendo escuela, en unión de otros mendicantes. San Francisco tenía mucho de juglar por espíritu y condiciones. Darío Fo, el conocido Premio Nóbel, admirador del santo es así como más lo presenta. Francisco canta y baila ante quien sea (ante el mismo Papa, si se necesita) las alabanzas de Dios. Pero no olvidemos que ser juglar en esa Edad Media era por un lado, una diversión de las gentes sencillas, pero por otro, ser un crítico de la sociedad, un personaje que, con humor, no cesaba de lanzar pildorazos a diestro y siniestro. Por eso, con frecuencia el pueblo y lo poderosos le lanzaban objetos y chilindrinas. No se parecía en nada a la fama, dinero y prestigio social del que gozan nuestros actores famosos. Es este un punto del que mucha historiografía franciscana no quiere saber nada. Como si le diera vergüenza. Con lo cual Francisco queda *secuestrado*, y queda descafeinado. El auténtico Francisco buscaba una predicación moral, no intelectual al modo de los dominicos y de Sto. Domingo, tan amigo de Francisco, por otro lado. Y para aquella clase de predicación, piensa que lo mejor es teatralizar lo que se dice, darlo con gestos, con imágenes. Quizás *Fray Ejemplo* es ante todo eso mismo, a saber: una dramatización con voz en off.

El vía crucis resulta un caso preclaro de lo que hablamos. Se trata de meditar unos *pasos* de Semana Santa, mientras se van dando también pasos por una calle o una vereda. Y todos se meten a actores sin excepción. Es un teatro en la calle de todos para todos. No de unos pocos actores a quienes miramos una mayoría, sin tomar nosotros demasiada parte. No hay aquí

mirones. Y entonces lo que hacen los figurantes es disfrazarse, es decir, acompañarse de signos escénicos que casen bien con la Pasión de Cristo, imitándole. Si Jesús portó y soportó la cruz, cada uno de nosotros se echa una de madera al hombro (o dos o tres, como vemos todavía en la mañana de Viernes Santo en Murcia, y te da un repeluz). Si Jesús se cubrió con una corona de espinas, los asistentes van de forma similar. Si Jesús llevó una soga atada al cuello, de la cual tiraban, nosotros, otra soga. Si Jesús cae a tierra, nosotros en las tres caídas ponemos las rodillas por tierra. Más aún: fue tradición devota entre nosotros los franciscanos besar la tierra en esas tres estaciones. La tierra que pisó Jesús es santa, porque Él la pisó. Bendita sea. Ese es el rito mágico. El simbolismo se adueña de todo. Y el teatro enerva y quema. Las emociones saltan.

Ese modo de hacer no queda tan lejos como puede parecer. En nuestro año de Noviciado (1954-1955), el Viernes Santo, junto con el pueblo devoto de Jumilla que subía al Monte, hacíamos lo propio carretera arriba. Hay por ahí una foto donde se ve a los novicios y al pueblo devoto. Y la del oratorio del Noviciado era una cruz que pesaba lo suyo apenas la llevabas un rato. Aguantarla las 14 estaciones ya era un sacrificio, con tal de *parecerte* a Jesucristo.

Líneas atrás, hablé de la belleza del escenario, casi siempre, en nuestros pueblos en las afueras, pero pienso también que ese santo ejercicios del vía crucis es empresa de sacrificio, de esfuerzo, de domar la voluntad, aun corporal. Hay que subir a veces cerros, hay que subir con cruces, otros van descalzos (por sus promesas), otros portan alguna imagen que pesa, etc. A veces he visto a alguna mujer u hombre con kilos a quien la cuesta se le atraganta, y sin embargo, no se vuelve, sigue subiendo. Es una imagen no de alpinista, ni senderista, pero tiene mucha miga. Por otro lado, hay que admirar ese ejercicio tan tonificante. Tiene algo de romería sin serlo, y es más devoto. Y no puede negarse cuán bueno es para la salud y el colesterol.

No olvidemos que esa ascensión porta un sentido más profundo que la pura salud del cuerpo. Subir, ascender, es misión del ser humano. En todas las religiones, los lugares altos tienen algo de mágico, de trascendente. La vida como subida al Monte de Dios ocupa buena parte de la literatura. Con la española del Siglo de Oro español incluida.

He escrito en otro sitio que el espectáculo en siglos pasados observando todo esto debió ser hermoso. Asistían las cofradías de la ciudad, asistían las familias con sus hijos, asistían las órdenes religiosas, cada una con su hábito, y con colores tan variados: el blanco de la Merced, el blanco y negro de los dominicos, el marrón de franciscanos y carmelitas, los jesuitas de negro y con sus fagines, el clero parroquial con su teja, las tonsuras tan pronunciadas, las sandalias, los frailes calzados, los descalzos, los estandartes, los

lábaros, los rezos, los cantos, las músicas. Un mundo hoy quizás desaparecido entre nosotros, en especial porque el número de religiosos era mucho, en especial en el siglo XVIII, y por tanto el espectáculo resultaba espléndido. Era la Iglesia del Barroco, ciertamente, en el que la visualización de todo era un punto determinante. Y era una pedagogía: en un pueblo con una cultura baja (sabían leer pocos), la religión entraba por los ojos, es decir, por el arte que más visualizara, o el arte que mejor se oyera, bien fuera pintura, escultura, música, teatro.

Acabo de nombrar la música. Gran parte de los vía crucis eran cantados, a diferencia de la mayoría de hoy que son en gran parte rezados. Nosotros aún hemos conocido cánticos de penitencia y perdón, cuyas letras un tanto de Dios de miedo conmueven, pero tales cantos son una señal inequívoca de lo que se hacía. Más aún: actualmente, los *rezares* de Lorca lanzan sus versos con un *tono* que no es ni recitado, ni cantado. Es otra cosa. Otro indicio musical de antaño, aunque muy transformado, quizás.

La música, a veces, era contratada por las Hermandades. Suponemos que en Murcia se contrató a los auroros, quienes guardaban, como reliquias, esos cantos de distintos tiempos litúrgicos, uno de ellos el de la Pasión. Grupos semejantes al de Rincón de Seca o a los cantos de la Pasión de Orihuela, nos ponen en la pista de qué música y canciones, con campanas y campanillas, se oía en este espectáculo dramatizado. P. Díaz Cassou trae ejemplos, y C. Valcárcel (en su *Cancionero literario de auroros*) recoge por ejemplo, la *Salve de Pasión*. No olvidemos que “Cantar la Pasión” era de sobra conocido en la Cuaresma de Europa. Y esas cuadrillas de cantores son antiquísimas, de bastante tiempo antes de que se extendieran los vía crucis de los que estamos hablando.

Escenificaciones debió de haber de muchas clases, aunque no se nos hayan conservado extraídas de textos del vía crucis, o acompañándolo. Quiero pensar que, ya que éste ejercicio se presta a tanta dramatización, no sería difícil que algunas escenas se prestaran también a representación sencilla. Pienso, por ejemplo, en la cuarta estación, en el encuentro de la Virgen con su hijo en la calle de la Amargura. Existen diálogos, desde muy antiguo, en *Autos de Pasión* y en la *Pasión Trovada*, y en multitud de autores. Poner uno de esos textos en boca de dos personas no exigía apenas esfuerzo. E inventarlo el propio pueblo con alguna de esas letras rústicas, pero llenas de expresividad, tampoco. Dígase otro tanto de la Verónica, o de cuando Jesús consuela a las piadosas mujeres. Las mujeres en la Pasión despliegan un protagonismo que ha calado en la religiosidad popular. Por tener éstas a más actores en escena, se prestaban mejor a más dramatización. Teniendo tan buenos mentores y profesores del hablar en público (ahí abunda una pléyade de franciscanos) no dudo ni un momento de que la tea-

tralización popular estaba servida. Pero no olvidemos, el desgaire del pueblo, en especial el más sencillo. Pondré dos ejemplos: uno, impresionante y dramático, alude a la 14 estación. Y un *rezaor* de los de Lorca lanza estos versos al aire, con la Virgen de protagonista: “Vio a su Hijo asomar /con la Cruz y dos ladrones, / y a San Juan le preguntó/ y con gran pena, le dijo:/ ¿cuál de ellos es mi Hijo/ que no lo conozco yo?”. El otro ejemplo es más disparatado, pero pinta bien el buen corazón de la gente, que se *identifica* con el Cristo que sufre. Munuera Rico cuenta que se atribuía a otro *rezaor* lo siguiente: “y lo clavaron de espinas/ a pique dejarlo tuerto/ ¡Si serán hijos de puta!/ ¿No es *pa* cagarse en sus muertos?”.

Igual pienso de muchos signos escénicos que serían capaces de crear entre todos. Algunos han perdurado entre nosotros. Por ejemplo, en Aledo. Persiste allí esta escenificación de los últimos momentos de Jesús. Se colocan dos imágenes: una de Cristo en la Cruz. Otra de la Virgen de los Dolores. Uno de los actores del pueblo coge una lanza y simula atravesar a Cristo. Para que no vea tal cosa la Virgen, entonces otro actor le da un poco la vuelta a ella. Se le ahorra el trago, con ternura. Muchas otras acotaciones y signos escénicos tiene que ver con el Entierro, y con la Virgen de las Angustias en Yecla, según me cuenta el terciario franciscano Puche, que toma buena cuenta de cuanto acontece en el mundo pasionario de su pueblo. Con semejante sencillez, oliendo a vulgo, la gente recobra el teatro que todos llevamos dentro, porque el ser humano es quien tiene más capacidad de actor en la Creación entera. Basta ver a los niños. En cambio, ya de jóvenes y de mayores, por nuestro miedo al ridículo y nuestras represiones, nos vemos incapaces de hacer más dramaturgia en nuestras liturgias, que suelen ser en Europa demasiado hieráticas y frías (nada comparables a otras etnias y geografías). Y es que la pérdida de la teatralidad en la Iglesia ha sido, es, y será siempre, un inmenso retroceso. La *euroliturgia* y la *euroteología* (que es la que priva) tiene mucho que aprender de otras latitudes, y en especial de los franciscanos antiguos, en esto del acercamiento al público. Ahí está el vía crucis para demostrarlo.

A todo este teatro se unía también el que ha sido su correlato. Hablo del sermón. Durante siglos (ni tele, ni *champion*, ni cine, ni moto, ni *litrona* para los nenicos/as) el modo de divertirse se centraba en el teatro y en el sermón. No era raro que actores famosos de la época fueran a ver a los predicadores para aprender; y éstos iban, por igual, al teatro a observar a los actores y a observar cómo reaccionaba el público.

La predicación franciscana – por lo dicho de *juglaresca*- trajo una revolución: sacó de la iglesias, de la catedral y de los claustros, el sermón, y lo echó en medio de la calle, en especial con ocasión de las *Misiones Populares*. El dominico San Vicente Ferrer era predicador nómada y le seguían

multitudes. Cierta que el púlpito nunca faltó de protagonista como si fuera un escenario, sólo que más magnificado en espacio escénico según eso la iglesia barroca, y con más riqueza visual y musical que el teatro del corral de comedias. También desde el púlpito conocemos hacer teatro, y no sólo de las formas que el P. Isla denuncia en su *Fray Gerundio de Campazas*. Aun así, y con su escarnio y talento, esa novela nos da pistas de muchas teatralizaciones del predicador. Hasta tal punto el gusto por la dramatización inundó la religiosidad popular. Son ya célebres las páginas de la Semana Santa de Pedro-Rubio, y la *introducción de la villa a los reverendos predicadores*. Son como consejos al orador ante lo que se va a encontrar en el pueblo. En cada día de la semana se forma procesión, se fijan las cruces, se canta la Pasión, etc. Isla añade, irónico, en un determinado momento: “De todo se hace cargo el predicador si ha de dar gusto”. El clímax de la befa ocurre, como era de esperar, en el Viernes Santo².

En el vía crucis, la predicación del sacerdote se parecía más a la de las *Misiones Populares*, que con los mendicantes y jesuitas fueron muy notables desde el siglo XVII hasta por lo menos la mitad del siglo XX, como recordamos personas de cierta edad. Lo llegamos a ver en nuestros años jóvenes. El jesuita Pedro Calatayud se distinguió en esa predicación, como teoría y práctica, y sus voces se escucharon por media España, incluida nuestra región murciana. De hecho, en Murcia (1734) se publicó una obra suya titulada nada más y nada menos que así: “Sentencias varias, sacadas de los Prophetas y de los Libros de la Sagrada Escritura, para entrar predicando por las calles, con Crucifijo en mano, en los pueblos a donde se va a Misión”. Se entraba con el crucifijo en mano como quien entra a saco con tal de convertir al pecador. Y el franciscano manchego Diego Camuñas, padre de la Provincia de Cartagena y profesor de teología en Murcia, nos dejó sermones y experiencia en esta clase de predicaciones. Comenzó en edad bien madura sus misiones, y recorrió pueblos y pueblos a pie, de lo cual quedaron escritos de testigos cercanísimos, admirados de su celo. Cuál no sería su fama en santidad, que tras años de misiones, gentes del pueblo,

² “Colócase en medio del teatro (la plazuela del pueblo) una devota imagen de la Soledad, con goznes en el pescuezo, brazos, y manos, que se manejan por unos alambres ocultos, para las inclinaciones y movimientos correspondientes, cuando San Juan va presentando los instrumentos de la crucifixión.... El predicador que entre todos desempeñó con mayor aire esta función, fue el que tomó por asunto de ella *Los títeres espirituales*; y al acabar por la mañana el sermón de la Pasión, convidó al auditorio para una función de títeres: todo dio gran golpe”. Cfr. *Obras escogidas del P. José Francisco de Isla*. Ed. Atlas, Madrid 1945, 249.

devoto en exceso, le arrancaron reliquias de partes de su cuerpo ya sepultado. Publicó una obra en dos tomos, titulada “Clamores apostólicos y ciegos alumbrados” (Murcia 1710). Es útil consultar esta otra obra suya: “Predicador Apostólico”. Tenemos la segunda edición de 1711. Interesa, en especial, porque son “doctrinas para introducirse a las Misiones”, según escribe el P. Ortega en su *Crónica* de 1752³.

Y puesto que la expansión de los vía crucis es un fruto de la Contrarreforma, se quiere el espectáculo de la palabra de modo significativo. El sermón lo es. Basta ver las descripciones de la Pasión en los siglos áureos en boca de los predicadores. Diego de la Vega, por ejemplo, nos llena los ojos de imágenes expresivas, y en continuo movimiento. Dice: “De los que ofendieron a este Señor, y pusieron en él manos violentas en su pasión, dijo David hablando en su nombre: cercáronme muchos novillos y unos toros bravísimos embistieron conmigo. Tiene el novillo y el toro esta particularidad, que es bien sabida, que cuando va a embestir y hacer golpe cierra los ojos. ¿Cómo, veamos, los judíos de una parte, y los sayones de otra, hicieron tantas crueldades en Cristo? ¿Cómo tantos azotes? ¿Cómo tanta sangre? ¿Cómo tantas afrentas? ¿Sabéis cómo? Cerrando como los toros los ojos. Azótanle, pónenle una caña en la mano, y una corona de espinas en su cabeza, y porque andando encarnizados en estas crueldades, no se enterneciesen ni moviesen a lástima, toman un velo y cúbrenle los ojos y la cara con él. Muéstrasele después Pilato. Ecce Homo. Veis aquí el hombre, tened piedad y mancilla de verle. Comienzan a volver los ojos diciendo: *Tolle, tolle, crucifige eum*. Qúitate de delante de nuestros ojos, no le veamos. ¡Oh toros feroces y bravos, que de ahí os proviene tanta braveza y coraje, en que como toros cerráis los ojos y no le miráis, que el que mira a este Señor, y con atención contempla lo que padeció por él en su pasión no le ofende!”⁴.

Las ideas contrarreformistas de resignación ante el dolor, de designio de Dios, de espiritualización (como *voz interior*, casi en exclusiva), la preocu-

³ El cronista dedica elocuentes páginas al P. Camuñas, teñidas de admiración. Dispuso de un largo texto de testigo ocular inapreciable, conseguido a petición del mismo cronista. Lo que indica con qué seriedad trabajaba el P. Ortega. Cfr. el Libro III, cap. XIX y XX. Dada su larga vida, el P. Camuñas llena una parte ancha de la oratoria regional: la segunda mitad del siglo XVII y primeras décadas del XVIII. Para la predicación de Misiones, que está casi por estudiar, salvo las atenciones de Félix Herrero y algún otro, Camuñas es un puntal digno de consultas.

⁴ *Discursos predicables sobre los evangelios de todos los días de Quaresma*. En Alcalá, Año 1611, 256 vto.

pación por el espectáculo eclesial como catequesis, la insistencia en una determinada moral sublimando el pecado (*mis pecados son tu cruz*, dice uno de esos versos pasionarios), y apenas reconociéndole raíz y tierra, la consecución de una praxis cultural de masas, la querencia por sacar a la calle lo que anda dentro de iglesias y claustros... todo eso y mucho más conforma una mentalidad que ha perdurado. Y esto es lo grande: con una pobreza de medios, por lo general, puesto que esa arquitectura mendicante de las ermitas, o los mojones y lápidas en hornacinas, típicas de todo vía crucis, no es deslumbrante, ni rica en exceso, como tantos otros barrocos, sitios en la Historia del Arte. Convendría desarrollar estos puntos, pero no es este el momento.

Muchas de esos sermones acababan también con signos escénicos muy *significativos*. Por ejemplo, se encendía una hoguera y se quemaban cosas, objetos, que representaban pecados: unas cartas de jugar a la baraja, unos vasos, o botas de beber, unos adornos femeninos. Naturalmente el vicio del juego que arruinaba familias, o las borracheras, o el gasto excesivo en adornos y vestidos y ganas de sobresalir de la mujer por encima de los demás, era también objeto de ataques del predicador, y punto fuerte de la moral del día a día. Las parénesis del Cardenal Belluga a este propósito han dejado fama en algunas de su *Cartas Pastorales*, en especial hablando de vestidos y afeites de las féminas. Otros gestos tocaban la fibra más honda. Vecinos peleados, familias que no se hablaban, barrios en discordia, autoridades que se lanzaban excomuniones, no era raro que se dieran allí un abrazo de reconciliación. La *paz de Dios* comenzaba de nuevo a ponerse en camino como itinerario posible en la sanación de los pueblos.

Es claro que un vía crucis como conversión de vida podía y debía ser aprovechado. Y así se hizo a mansalva. El P. Diego de Estella (que murió en 1578 y predicó y teorizó sobre retórica cristiana) escribe en sus *Cien Meditaciones Devotísimas del Amor de Dios* algunas páginas en las que domina la representación y la oratoria. Como *composición de lugar* son de excelente laya, salidas de su voz, tanto como de su pluma: “No dieron tanto tormento a San Esteban las piedras ni a S. Lorenzo sus parrillas como al Redentor del mundo atormentaron los azotes y corona de espinas; cuánto más que padeció grandes y crueles heridas en todo su cuerpo, siendo sus pies y manos con duros y grandes clavos traspasados, su sagrado cerebro con agudas espinas penetrado, afeada su cara con torpes salivas, sus claros ojos fueron con vil paño cubiertos, sus oídos afligidos con horribles injurias y abominables blasfemias, su boca con hiel y vinagre atormentada, sus mejillas heridas con bofetadas, sus barbas y cabellos furiosamente con el cuero arrancados, su cuello y garganta con ásperas sogas y pesadas cadenas desollado y herido, sus pies y sus manos enclavados en la Cruz, rotas su

venas y nervios, su carne con crueles azotes herida, su costado abierto y todo su cuerpo descoyuntado”⁵.

Todavía cuando vemos cánticos de antaño y poesías populares religiosas podemos penetrar en los puntos parenéticos, o en los de *efecto llamada*, de un sermón de Misiones. Estoy ahora consultando un librito del P. Juan Meseguer – recuerdo de las santas misiones- que es como un *Manual de vida cristiana*, del año 1944, sacado a luz por los franciscanos de la Provincia Seráfica de Cartagena. Se encuentran ahí textos como éste, bajo la música de ¡*Viva María!*: “Venid fieles cristianos/ a las Misiones, /donde Cristo convierte/ los corazones”. O este otro: “El que miente y murmura/ siembra cizaña,/ y a su prójimo injuria/ y a sí se daña”. Estilo de letra y música altamente popular.

5. *Las evoluciones sufridas a través de los siglos más recientes*

Podríamos establecer unos escalones que nos aclaren lo que ha ido ocurriendo.

En un primer lugar, la Pasión fue como una espontánea representación, canto y *juglaría a lo divino* entre los primeros franciscanos, compañeros de Nuestro Padre San Francisco. Se iban por pueblos y aldeas, y esos grupos de frailes entretenían y enseñaban. *Deleitar aprovechando*. No necesitaban ni siquiera iglesias. Valía una placeta o un cruce de caminos. Todo era sencillo como el mismo Testamento de Francisco.

Otro peldaño vino más tarde: conforme la Orden se fue haciendo inmensa en número de frailes y edificios, hubo de reglamentarse esa vida mucho, y la espontaneidad del principio fue cediendo. De hecho, los conventos no tenían aquella provisionalidad de los primeros tiempos, sino que eran edificaciones y mansiones como ocurría con la *Claustra* (los llamados *conventuales*), y a veces, el estilo de Misión se oscurecía, o se recluía la vida conventual más entre las paredes de las iglesias que en la calle, y así el contacto con las gentes disminuía. Las reformas de observantes, alcantarinos y capuchinos lucharon por retornar más a lo primigenio, y en especial a ser

⁵ La edición es del P. Juan Meseguer: Editorial Cisneros, Madrid 1960, 156. Aparte de los isocolon y el hiperbaton trabajado para un ritmo, es de notar la ternura que líneas antes procura acercarnos Estella: “Pues como Cristo Nuestro Redentor fuese de más delicada complejión que hubo jamás, por ser su cuerpo sacratísimo formado en el vientre virginal milagrosamente por obra del Espíritu Santo... cualquier herida pequeña causaba en la humanidad de Cristo mayor dolor y sentimiento que los que las heridas grandes pudieran infligir a otros hombres cualesquiera”.

más sencillos en su apariencia y pobreza y en su trato con la gente. Obviamente, no se había perdido jamás buena parte del espíritu de la Orden, y la religiosidad popular que corre por el vía crucis nunca cesó. Se podría hacer de forma más o menos dramatizada, o más clericalizada, pero ahí estaba.

Otro peldaño lo significó todo el proceso que largamente yo he expuesto aquí, y con las características detalladas.

Y, en fin, alternando con lo dicho, iba naciendo el último escalón, es decir, el de las procesiones que ahora tenemos. Fue el Barroco de los siglos XVII y XVIII quien alternaba esas procesiones con los vía crucis. Se diría que los pasos de las estaciones surgieron, se fueron copiando en escenas parecidas, pero ya con imágenes que salían a la calle, y con tronos y toda una serie de cofradías pasionales.

Más aún: fueron poco a poco las calles, y no sólo las afueras las que cobraban protagonismo. La procesión se convertía, sobre todo, en espectáculo urbano, y con caracterización de celebrar la Pasión de modo también espectacular, pero de muy distinto modo que los vía crucis conocidos.

Mostraré algunos trazos que diferencias ambas paraliturgias. En la procesión:

1. Se va perdiendo poco a poco la masa de actores que *interpretaban*, más o menos, el vía crucis.

2. Ahora son más los miles de *mirones* que las docenas o cientos de figurantes actores de una procesión.

3. El crecimiento económico lleva a gastar más en los pasos, que ahora son los llamados tronos con la imagen de la advocación que portan encima de ellos, bien sea del Señor, la Virgen, santos, o personajes que rondan por el evangelio.

4. A veces, se llega a encargar imágenes al taller de más prestigio que haya. Así el Cristo de la Columna de Jumilla o las Angustias de Yecla se le pide y paga a Francisco Salzillo.

5. Insisto en esto de cómo la economía de las Hermandades influye en la transformación ocurrida, y no sólo en la imaginería, sino en el gasto en flores o en bandas de música. Y no digamos en las vestiduras de los nazarenos. Y me remito como muestra imponente a Cartagena.

6. Una transformación que, tras de una breve crisis y paréntesis en los años de la Transición a la Democracia en España (ya en el último cuarto del siglo XX), se ha resuelto con tanto o más esplendor ahora que nunca. Algo que muchos ni podían imaginar en ese mentado paréntesis. Con lo cual proclamar que el franquismo era el hacedor de todo el engranaje de procesio-

nes era desconocer lo que habría de venir luego. No lo juzgo. Sólo lo cito como observación histórica.

7. Como ha desaparecido la predicación y parénesis, además de la meditación del actor que iba en el vía crucis, lo que resta es una catequesis, ciertamente, en la calle, pero un tanto descafeinada, puesto que gran parte de la gente ya secularizada verá con sus ojos algo que conoce menos, bien por su ignorancia del evangelio, bien por la falta de predicación y catequesis, bien por la familia, primera y máxima catequista, nos guste o no.

8. Que en buena parte es así me lo ratifica una entrevista que le hicieron a una gran actriz francesa hace años. Se llamaba Simón Signoret. Ella gustaba de venir a España y ver sus procesiones, pero decía que le resultaban sólo teatro, es decir, las contemplaba como cuando ella rodaba una escena, pero poco más lograba ver por dentro, poco más podía leer con los ojos del espíritu. Sé que habría que decirle que uno nunca puede ver lo que ven los otros con sus ojos y su espíritu, porque por aquí habría muchos milagros y descubrimientos, que se le escapan a los *ilustrados*, pero también habrá que admitir las *limitaciones* de una procesión hoy para espectadores en mayoría, y no para *actores* que andaban metidos dentro (eso era el vía crucis de las afueras o del callejero extramuros).

9. Lo cual no quita para que se den innumerables facetas válidas. Y por supuesto haya que mantener las procesiones, siempre con esta condición: que se renueven, y en especial cojan el aire parenético de los orígenes. La reliquias, por ejemplo, que quedan de repartir caramelos (o habas y huevos en el Miércoles Santo huertano de la capital murciana) es un dedo índice que señala y acusa cuánto se repartía en las Hermandades en comidas y ropas. O al menos, eso se inculcaba. O cuánto se meditaba en ver a Cristo en cruz, pero porque se estaba viendo a Dios en los más pobres. Que ése es el sentido. Obras, que no razones.

10. Me sirve no poco observar cómo la mejor Teología de la Liberación no pide que desaparezcan las procesiones de allá (y eso que allí no abundan lujos comparadas con las nuestras). Más bien, pide que se profundice en lo que se hace, es decir, que los *cristóforos* no se queden sólo en los portapasos y los nazarenos, o se quede sólo en un espectador sentado en una silla, que *acaba y vámonos*. De la imaginiería a la acción no cabe una ruptura.

11. He ahí el reto de una acción pastoral de inmensa magnitud hoy, ya que la herencia recibida es de postín⁶.

⁶ El vía crucis interparroquial de Jumilla de estos últimos años puede servirnos de ejemplo. Se trata de resucitar tradiciones de muchos siglos atrás. Con razón escribía M. Gea

6. ¿Qué valores espirituales cultiva el vía crucis?

Han ido saliendo muchos por páginas de ahí atrás, pero yo a modo de pinceladas diría unos cuantos:

1. Una meditación en los misterios de la Pasión. Los planes de Dios no son *masocas*, no quieren que el dolor por el dolor se convierta en centro, pero sí pretenden que el dolor no sea desaprovechado. Todo dolor *bien llevado* es salvífico. Bien llevado quiere decir: todo dolor que sirva para librar de un mal a los demás. Precisamente porque Dios está con el dolor de la gente, quiere que sea remediado, que desaparezca. Los tiempos escatológicos, por tanto, se mueven en la esperanza de que el dolor se esfume, pero porque hay Cristos que tratan de remediarlo.

2. El dolor – en especial si nos llega, sin comerlo ni beberlo- no puede desaprovecharse. No se puede tirar al vertedero, como si fueran escombros. Es una lección el dolor. Las personas se dividen entre quienes saben sacar partido al sufrimiento, y quienes no. Va una diferencia colosal entre unos y otros. La vida diaria nos lo enseña. Yo digo que el dolor es un Lago Naser inmenso (500 kilómetros de largo por 20 de ancho). No me puedo creer que tanta agua así almacenada en la historia humana, se pierda. No sé cómo aprovechará, ni en qué presa, ni cómo contabilizarla, pero es seguro que no es baldía. Y más si se asimila a los méritos de Jesucristo.

3. El vía crucis cultiva la sencillez de la representación y nos mete a todos a protagonistas. Es una forma de liturgia de pobres, de pueblo llano.

4. Logra un gran simbolismo (y el ser humano es un animal simbólico antes que nada): el simbolismo del Camino, como itinerario bonaventuriano. El ser humano está siempre en camino. La vida es tránsito, es dar pasos. El itinerario de la mente hacia Dios se parece a un gran recorrido. Vamos entre cruces, ciertamente, pero vamos hacia un mundo mejor, una Patria que son los cielos nuevos y la tierra nueva, es decir, otro mundo que cada vez sea más distinto. Y ello porque nos hemos revestido por dentro y por fuera de actores, es decir, de protagonistas de nuestra propia vida.

Rovira: “Qué sentimiento de gratitud a quienes han hecho posible que los *Pasicos* sean testigos de un peregrinar de vía crucis popular”. Cfr. *El Faro*, 21 de marzo del 2002.